

merced del soberano, y el derecho de designar sucesor, del que estuvieron privados los reyes absolutos, siendo preciso remontarse al despotismo oriental para descubrir su existencia. Además se le facultó á nombrar libremente cuarenta senadores, cuyo número se elevó á ciento veinte con el aumento de catorce plazas. Resta advertir que Bonaparte, agradecido á los buenos oficios y docilidad de sus colegas, hizo que se les nombrase también cónsules por vida.

La Constitución, así alterada, amoldábase perfectamente al carácter de la magistratura suprema: todo estaba arreglado para que no hubiese más que una voluntad, la de Napoleón Bonaparte.



CAPÍTULO CUARTO

El rompimiento de la paz.—La conspiración de Cadoudal y Pichegrú.—Asesinato del duque de Enghien.



Las dificultades que quedaron sin zanjar entre Francia é Inglaterra, era la más grave el aumento de poder que aquella se granjeara en el Continente, mientras se seguían las negociaciones de Londres y las posteriores de Amiens. Aprovechando, en efecto, aquellas circunstancias en que ni se estaba en guerra abierta ni existían tratados de paz que invocar, Bonaparte, como hemos dicho, ensanchó su dominación, de un modo más ó menos encubierto, en Holanda, la Cisalpina y Génova, á más de incorporar el Piamonte á la República. Inglaterra fingió no parar su atención en actos que no podía impedir, consolándose con la idea de que eran provisionales, al menos en lo concerniente á Holanda y el Piamonte. El primer Cónsul, sin embargo, había tenido empeño en que el gobierno británico los ratificase formalmente con su aquiescencia; pero aquél rehusó asentir á las mudanzas introducidas en los pueblos citados. Bonaparte, interpretando á medida de su gusto la conducta de Inglaterra, había dicho en una nota, leída por José á Cornwallis: «Puesto que la Gran Bretaña se niega á reconocer esos nuevos Estados, pierde el derecho á mezclarse en sus asuntos y no podrá quejarse de su completa anexión á Francia.» Y no bien firmado el tratado de paz, se dispuso á proceder de acuerdo con el cómodo principio que acababa de enunciar. A esta causa de disgusto se unía otra nueva, ó poco menos, en la historia de las relaciones diplomáticas. En la nación inglesa disfrutaba la prensa de libertad casi ilimitada, y el primer Cónsul, molesto con servir de blanco á sus ataques y

censuras, reclamó nada menos, durante las negociaciones de paz, que los *libelistas*, como llamaba á los escritores que combatían su política ó satirizaban su persona, se asimilasen á los asesinos y falsarios y se sujetaran, por tanto, al procedimiento de la extradición. El ministerio Addington había tenido que rechazar pretensión tan exorbitante, pero lo hizo en forma sumamente cortés y prudente, de manera que Bonaparte, atribuyendo esta moderación á debilidad, no se dió por desahuciado, y se propuso vencer, mediante la intimidación ó la amenaza, la resistencia que encontraban sus deseos. Había otro motivo de discordia en la oposición de los intereses industriales y mercantiles de los dos pueblos. Bonaparte no se había avenido, en las conferencias de Amiens, á celebrar tratado alguno de comercio con Inglaterra, siendo dueño, por consiguiente, de cerrar á este país los puertos y mercados de Francia; mas el caso era que no se contentaba con sólo esto, sino que quería vedarle también los de Holanda, la República Italiana, Génova, el Piamonte y aun España, lo que equivalía á bloquearlo mercantilmente y condenarle á morir de inanición en medio de sus riquezas. En fin, la última diferencia iba á surgir de la cláusula del tratado de Amiens relativa á la evacuación de Malta; pues Rusia, imponiendo condiciones poco aceptables para prestar la garantía que de ella se solicitaba, entorpecía su cumplimiento.

A pesar de todo, con algo de buena voluntad por parte del primer Cónsul, se habría conseguido, si no ahogar estos numerosos gérmenes de discordia, impedir por lo menos que fructificasen en algún tiempo. El ministerio Addington se defendía de sus adversarios políticos, oponiéndoles la paz alcanzada como el mejor título que era dable alegar al reconocimiento de la nación; y Francia, saciada de gloria militar y satisfecha de las ventajas obtenidas, aspiraba únicamente á reponerse de las pérdidas que había sufrido en tantos años de trastornos y guerras. Penetrado de esto último, Bonaparte se ocupó activamente, para calmar los anhelos de la opinión, en reanimar la industria, fomentar las obras útiles y preparar una expedición que se posesionase de la Luisiana, á fin de favorecer el desarrollo del comercio colonial; pero, de cada vez más irritado con el lenguaje desenvuelto y no siempre justo de los periódicos ingleses, y sobre todo, con las virulentas y crueles burlas de las varias hojas que en Londres publicaban los refugiados, entre los cuales sobresalían el *Ambigú*, de Peltier, y el antiguo redactor de las *Actas de los Apóstoles*, como recordarán nuestros lectores, volvió á quejarse al gobierno de la Gran Bretaña, el cual se limitó á aducir la libertad de la prensa, allí garantida por las leyes constitucionales, y respecto á los emigrados, dijo que se reprimirían *sus actos*, por más que el honor del país y los deberes de la hospitalidad prohibían hacer otra cosa ni adoptar medidas preventivas. No persuadieron al primer Cónsul tan cuerdas razones; sino, antes bien, tornando á la carga, pidió la expulsión de Peltier y sus colegas en nombre del derecho de gentes. Se cambiaron nuevas notas y contestaciones entre los dos gobiernos, no salién-

dose el inglés del tono mesurado y prudente que empleara desde el principio, y subiendo el de la República constantemente el diapason del suyo, hasta que el último resumió sus reclamaciones exigiendo el empleo de medios eficaces para perseguir los escritos sediciosos, fuesen periódicos ó de otras clases, que veían la luz en Inglaterra, el alejamiento de los príncipes de la casa de Borbón y de los refugiados en Jersey, la expulsión de los obispos de Arras, de Saint-Pol-de-León y de los emigrados que ostentasen insignias ó condecoraciones propias del antiguo régimen, y la deportación al Canadá de Jorje Cadoudal y sus adictos. Bonaparte empezaba á tratar á los ministros ingleses como si fuesen prefectos suyos. Addington, no obstante, temeroso de comprometer la paz, se esforzó en convencerle de su sinrazón, complaciéndole en lo que pudo, como fué en alejar á los refugiados en Jersey. Debe advertirse que la prensa francesa no daba pruebas de mayor comedimiento que la británica, y, lo que es más grave, que el *Monitor* iba á la cabeza de ella por la violencia de sus ataques á Inglaterra. «¿Qué se promete el gobierno inglés, decía en uno de sus números el órgano del Consulado, fomentando las disensiones de la iglesia, acogiendo en su seno y volviendo á vomitar sobre nuestro territorio á los bandidos de las Cotes-du-Nord y del Morbihan, empapados en la sangre de los principales y más ricos propietarios de estas infortunadas provincias? ¿No sabe que el gobierno francés tiene hoy más solidez y firmeza que el de Inglaterra? ¿Se cree que no podría imitar esa conducta? ¿Y cuál sería el efecto de ese cambio de ofensas, de esa protección y de ese calor prestados á los asesinos?» Y otro día, hablando de las luchas electorales en la Gran Bretaña, se expresaba en los términos siguientes: «Juan Jacobo dijo que los ingleses no eran libres sino cuando elegían sus representantes, ó sea una sola vez cada siete años. Había mirado esa libertad, como otras muchas cosas, al través del prisma de su imaginación. Si hubiese sido testigo de ese gran acto de libertad, no habría visto más que escenas de corrupción, de licencia y de embriaguez.» Addington hacía notar este hecho, agregando que, en la *Gaceta de Londres*, único periódico oficial de su país, no se hallaría nada por el estilo. Y habría podido añadir que Bonaparte tenía agentes en Londres, los cuales, á título de corresponsales, llenaban las páginas del *Monitor*, del *Mercurio* y de otras publicaciones, de groseras calumnias contra la nación inglesa, y que, además, utilizaba los miserables servicios de renegados, como un tal Goldemith, quien, huyendo de una condena judicial, había buscado asilo en París, donde redactaba el *Argus* en inglés y vertía el ultraje y la infamia sobre su propia patria á tanto la línea. Pero estas represalias no eran bastantes para aplacar la cólera del primer Cónsul: su orgullo no toleraba que hubiese un rincón en el mundo en que sus actos y sus intenciones se juzgasen libremente: lo habría borrado de la haz de la tierra, á serle posible. De otra parte, como advierte Lanfrey, la política, al modo que la practicaba el ensoberbecido corso desde su exaltación al Consulado, era incompatible con la existencia de una prensa independiente,

no sólo en Francia, sino en Europa. Los atentados que había cometido y los mucho mayores que meditaba, exigían el silencio, para no concitar contra su autor los anatemas del mundo entero. Por esta razón, al adquirir la certidumbre de que Inglaterra no amordazaría á la prensa ni se dejaría intimidar por sus amenazas, formó el propósito de declararle nuevamente la guerra. No había decidido aun cuando, pues estaba empeñado en distintas empresas que le impedían obrar precipitadamente; pero su resolución era ya irrevocable, y al mismo tiempo que provocaba á su adversario, apresurábase á tomar precauciones en previsión del rompimiento. Así es que, no bien había formulado sus últimas negativas el ministro de Negocios Extranjeros inglés, publicaba el *Monitor* el decreto incorporando, con carácter definitivo, á la República el Piamonte y la isla de Elba, arrebatada á los napolitanos en el tratado de Luneville, y para que la dominación francesa echase raíces, copiábase de los romanos el sistema de las colonias militares. Simultáneamente, inundaba Bonaparte á Inglaterra de multitud de ingenieros, estadísticos y publicistas, que, alegando el carácter de agentes comerciales y so pretexto de estudiar las bases de un tratado mercantil, que aquel había declarado no querer celebrar, recorrían el territorio inspeccionando y observando costas, puertos, terrenos y acumulaban en Irlanda elementos para una insurrección, que pronto había de estallar. Bajo el mismo carácter aparente y con idéntica misión en realidad, salía para Levante el coronel Sebastiani, con la orden de detenerse en Tripoli, procurar atraerse al bey y trasladarse desde dicho punto á Egipto y Siria. Se recomendaba á este agente comercial de nuevo género que tomase nota en Alejandria de las naves de guerra inglesas y turcas que allí hubiese, de sus fuerzas, del estado de las fortificaciones y torres de la plaza. El coronel Sebastiani debía ir en seguida al Cairo, á Jaffa, á Gaza, á Jerusalén, á San Juan de Acre, y hacerse cargo de sus medios de defensa. Se le prevenía que, en la última de estas poblaciones, viese á Djezzar, y que, en la primera, visitara á los grandes jeques, dijese á todo el mundo que Bonaparte amaba á Egipto, deseaba su felicidad y hablaba frecuentemente de él; había, además, de ofrecer la mediación del gobierno francés entre el pachá y los reyes, cuidando en todo ello de no comprometerse. Era obvio, por tanto, que el primer Cónsul se aprestaba á la lucha, si bien creía poder reservarse la elección del momento, confiando en que el miedo que inspiraba le hacía árbitro de contener ó soltar los rayos de la guerra, siendo parte muy principal para mantenerle en esta ilusión el haber conseguido por entonces atar las manos á las potencias continentales, prevaleándose del arreglo de las secularizaciones ó indemnizaciones germánicas.

Ya hemos hablado de este asunto, que era de suprema importancia para Alemania el ventilarlo en familia. Sin embargo, la rivalidad entre Austria y Prusia, ambas impacientes por apoderarse de los mejores despojos del Imperio, y la angustia de los Estados de segundo y tercer orden, que temían ser víctimas de la rapacidad de aquellas, hicie-

ron que primeramente Prusia y después Baviera, Wurtemberg, Baden, el Hesse, los príncipes hereditarios inferiores, las ciudades libres, la nobleza, todos, en fin, acudiesen á París, impetrando la protección del primer Cónsul. Éste, que había previsto tal eventualidad en el tratado de Luneville, ratificado por la Dieta el seis de Marzo de mil ochocientos uno, y que, á mayor abundamiento, en el celebrado últimamente con Rusia se asegurara el concurso del Czar, como sabemos, ajustó con Prusia y Baviera sendos tratados de compensación, haciendo otro tanto con Wurtemberg, Baden y los dos Hesses, de suerte que, no habiendo ya oposición seria que esperar, redactóse un plan completo de reorganización, que firmó el tres de Junio de mil ochocientos dos el conde Markoff, embajador de Alejandro en Francia, y que estaba actualmente discutiéndose en la Dieta de Ratisbona, á la cual se presentó en nombre de Francia y Rusia, que se habían constituido á sí propias en potencias mediadoras. A Prusia se le concedían, en el arreglo, los obispados de Hildesheim y Gaderborn, con una parte de los de Munster, Erfurt y Heichsfeld, y las abadías de Essen, Elten y Werden, debiendo incorporársele, además, los territorios adjudicados á la casa de Orange, que eran el obispado de Fulda y algunos otros, cuando aquella casa se extinguiese; á Baviera se le daban los obispados de Freisingen y de Augsburgo, el condado de Werdenfels, el prebostazgo de Kempten, la ciudad de Passau, sin el obispado, y otras ciudades imperiales y abadías de Suabia, tales como Ulma y Memmingen; Austria recibía para el Archiduque de Toscana, los obispados de Brixen, Trento, Salzburgo y Pasau, este último sin la capital, y el prebostazgo de Berchtolsgaden, reservándose el Brisgau al duque de Módena; á Baden se le entregaban el obispado de Constanza, los restos de los de Spira, Strasburgo y Basilea y los bailiazgos de Lademburgo; Bretten y Hidelberg; Wurtemberg obtenía el prebostazgo de Ellawagen y varias abadías, y, por último, se indemnizaba á las casas de Hesse y de Nassau y á los otros príncipes desposeídos con cesiones más ó menos importantes. Esto, por lo que se refiere al reparto territorial, que, en lo tocante á la constitución, también se hacían grandes modificaciones, elevándose á nueve el número de electores, seis de ellos protestantes, de manera que Austria quedaba en minoría en el colegio electoral, é iba á estarlo también en la Dieta, por disponerse que los príncipes indemnizados con tierras que pertenecieran á Estados eclesiásticos tomasen asiento en aquella junta ó asamblea, representando los señoríos que habían adquirido; de los tres electores eclesiásticos que antes había, no se dejaba más que uno, y finalmente, se conservaba su carácter de libres á las ciudades de Augsburgo, Nuremberg, Ratisbona, Wetzlar, Francfort y Lubeck, á las que se agregaron Brema y Hamburgo, suprimiéndose las restantes. Estas ciudades libres habían de ser neutrales en las guerras del Imperio y estar exentas de todo cargo militar. Bonaparte, desplegando las maravillosas facultades que tenía para la intriga, había logrado atizar los odios, envenenar los agravios, sobreexcitar las ambiciones y concupiscencias, repi-